

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

TRAS siete años inacabables de lóbreguez, de angustia, de dolor, ha vuelto la luz al cielo de la patria. Cuba ha vivido una de las etapas de sufrimiento más atroces que ha tenido que soportar cualquier país en el mundo. Punto de partida de este vía crucis que nuestro pueblo ha sobrellevado con ejemplar estoicismo fue el golpe artero del 10 de marzo. Aquel golpe, infligido no a un gobierno, sino a la República, en una aciaga madrugada, cortó de un tajo el ritmo democrático en que vivíamos, cercenó todas las libertades públicas, abolió la dignidad de la persona humana, entró a saco en la riqueza nacional e instauró en el poder una suerte de piratería oficial que sólo podía dar frutos de desbarajuste y de caos. Caótica ha sido la vida cubana desde aquel golpe cuartelero. Porque no importa que el panorama fuese a veces de orden y tranquilidad aparentes. Desde el 10 de marzo de 1952 no hubo verdadera paz en Cuba. La paz, para ser legítima, ha de asentarse en el consentimiento general y en la justicia y lo primero que hizo el madrugonazo batistero fue suprimir la libertad para consentir y hacer de la justicia una operación convencional y subalterna para combatir sin cuartel a los adversarios del régimen y servir incondicionalmente a sus paniaguados.

Batista y su camarilla usurpadora creyeron torpemente que el pueblo de Cuba se iba a adaptar más o menos a la situación de oprobio por ellos creada, a cambio de unas migajas en el banquete castrense. Desconocían las lecciones de la historia o la ambición y la soberbia los cegaron. A lo largo de toda su existencia Cuba ha demostrado que ama la democracia y no sabe vivir sin libertad. Cada vez que alguien ha intentado la tiranía en nuestro país, ha tropezado con una repulsa popular crecientemente sostenida y acrecentada por el heroísmo

mo y el espíritu de sacrificio del pueblo. Era estúpido, por tanto, suponer que la nación iba a conformarse y que Batista podría disfrutar indefinidamente de un poder espuriamente alcanzado. La lucha empezó en la misma madrugada sombría y no se dio un momento de tregua hasta la caída del tirano.

Esa lucha tenía que ser ardua. Cuando la estructura democrática de un país se quebranta cuesta mucho trabajo, mucho dolor, mucha sangre, reconstruirla día a día en una tarea gigantesca y heroica. Pero nuestro pueblo tiene el temple de los pueblos libres y no desmaya en las empresas de libertad por costosas que sean. No vamos a hacer el relato de esta epopeya de siete años en pos de democracia y libertad. Sin orgullo, aunque sí con honda satisfacción, queremos decir que BOHEMIA fue desde el primer minuto un soldado en esa lucha, un obrero en esa reconstrucción ciclópea. Lo primero que hizo Batista, como todos los dictadores, fue amordazar la libertad de expresión. Al principio lo hizo en forma sesgada y tortuosa; más tarde en forma directa, descarada, insolente. BOHEMIA no aceptó jamás ni un método ni otro. La "libertad dirigida" es tan precaria como la falta de libertad. El pensamiento ha de decirse sin trabas y es preferible callarse a tamizarlo a través de una censura declarada o encubierta. En esta cuestión no puede haber transigencias. Por eso la protesta en nuestras páginas se produjo cada vez que el derecho a pensar libremente fue de algún modo coartado o mediatizado. Y esa protesta no se limitó al marco de nuestra publicación. Tuvo un relieve interamericano e internacional cuando nuestro director en los congresos de la Sociedad Interamericana de Prensa hizo oír su voz para que se condenase al gobierno de Batista como enemigo de la libertad de expresión. A este respecto es oportuno y

justo destacar la levantada actitud de la SIP, cuyos enérgicos pronunciamientos constituyeron la más viril denuncia contra la tiranía cubana y contribuyeron en forma decisiva a su mundial descrédito, lo que, sin duda, precipitó su caída.

Cuando se ataca a la libertad se ataca también a la dignidad humana. Son conceptos inseparables. El régimen de Batista fue un vejamen permanente a la ciudadanía. No hubo nada sagrado para él. Atacó a los partidos políticos que no eran hechura suya, atacó a los sindicatos y a la CTC imponiéndoles jefatura sin respaldo colectivo, atacó a los colegios profesionales, a las instituciones cívicas, a la jerarquía eclesiástica, al comercio, a la agricultura, a la industria, a todas las fuerzas vivas del país. El tirano, siguiendo un estilo tradicional muy conocido en América, llegó a creer que la República era una finca privada para su disfrute, el de su familia y el de su camarilla. Pero mientras más apretaba el cerco, más solo se fue quedando. Es el sino de los gobiernos unipersonales: la soledad atroz, la soledad cruel, la soledad sangrienta.

Al menosprecio de la dignidad humana sigue, como la sombra al cuerpo, el maltrato físico. Una vez lesionada la honra ¿qué importa el resto? El siniestro régimen derrocado vejó, encarceló, torturó, mató. Es la cadena fatídica de los despotismos. Cuando un pueblo ama la libertad, la tiranía sólo puede sostenerse por algún tiempo apelando de un modo sistemático a la fuerza. Mientras no hubo censura, BOHEMIA denunció siempre esos atropellos afrontando todos los riesgos. Basta revisar las páginas de nuestra revista para darse cuenta del espectáculo dantesco que fue la dictadura. Ahí están los muertos en los repartos y en las calles más céntricas de la ciudad, ahí están los torturados con sevicia por Ventura, Carratalá, Mata y sus feroces pandillas. A esas páginas habrá que recurrir cuando se quiera relatar la historia de estos siete años de horror.

Por fortuna todo esto ha quedado atrás como una pesadilla. Los jóvenes sobrevivientes del "Gamma", un puñado de valientes con Fidel Castro como capitán, ayudados por el Directorio Revolucionario, por la FEU, por la Resistencia Cívica y por otros grupos activistas, luchando con los recursos que difícilmente podían allegar, tarea a la que cooperaron las eficaces y abnegadas organizaciones del exilio, derrotaron totalmente al ejér-

cito de la dictadura y provocaron la fuga vergonzosa del tirano y de sus principales instrumentos. El que vino una madrugada se fue otra madrugada envuelto en sangre y fango. Ni siquiera tuvo el valor de arrostrar un destino trágico como hipócritamente había dado a entender.

El Movimiento 26 de Julio, alma de esta empresa de liberación nacional, hizo de la Sierra Maestra el símbolo de una nueva vida cubana libre, digna, austera, justa y feliz. La ciudadanía toda miraba hacia los picachos orientales como hacia una aurora que tardaba en cuajar, pero que ya nos enviaba el regalo de sus primeros fulgores. Y cuando BOHEMIA, en alarde informativo, publicaba fotos de la actividad de Fidel Castro y sus huestes en esa zona abrupta y gloriosa de la isla, el público arrebatava los ejemplares a los vendedores, no por curiosidad, sino para inyectarse a sí mismo esperanza con esas imágenes.

La revolución ha triunfado. La recuperación democrática del país está en marcha. El tránsito de una situación de oprobio a una situación de decoro se ha realizado en la mínima trepidación posible gracias al orden impuesto desde los primeros instantes por las milicias revolucionarias y a la cálida exhortación de todos los jefes para que nadie se entregue a la venganza ni al desbordamiento de sus pasiones. La revolución quiere quedar limpia de toda mácula. Los responsables de hechos de sangre y de toda clase de delitos contra el pueblo serán juzgados por tribunales revolucionarios, dentro de un procedimiento judicial rodeado de toda clase de garantías. A pesar de los muchos atropellos y vejámenes que han sufrido los revolucionarios en su carne y en su espíritu, no les anima un propósito revanchista. No quieren ellos castigar el crimen con el crimen, sino con la ley, posición vertical y noble que ha sembrado extraordinaria confianza entre las inevitables confusiones del momento. Fidel Castro ha dicho con grandeza que en esta guerra no ha habido vencidos, sino vencedores y que la victoria ha correspondido plenamente al pueblo de Cuba. Y ha añadido que la revolución podrá permitirse el lujo de ser generosa porque hará justicia y la justicia, por muy rigurosa que sea, es incompatible con la venganza.

Los primeros pasos de la revolución han sido firmes y esperanzadores. Las fuerzas ar-

(Continúa en la Pág. 162)